

Ramón de la Serna

Por RAÚL SILVA CASTRO
(De la Academia Chilena)

Ramón de la Serna, el escritor que acaba de fallecer en Santiago, había nacido en Chile y en el hogar de Concha Espina. Y es que esta ilustre novelista española, que se hizo notar por su labor prolífica y de solera muy castiza, vivió de joven en Valparaíso y se inició en la carrera de las letras precisamente cuando era habitante de aquel puerto. Ramón de la Serna fue llevado a España por sus padres. Su formación fue en todo española, salvo las ineludibles influencias culturales, en su caso notoriamente la alemana y la francesa. Llegó a ser un excelente colador de las literaturas respectivas, y se distinguió sobre todo como traductor del alemán.

En la vasta academia de traductores, instaurada por Ortega y Gasset para su "Revista de Occidente" y para la serie editorial que siguió luego con el mismo nombre, se reservó a Ramón de la Serna un papel nada fácil. Traducir de preferencia obras de historia y de filosofía, en donde el rigor de la terminología debe hacerse compatible con el giro idiomático elegante y flexible. Y Ortega, harto severo en estos materias, terminó por darle patente de excelso traductor.

¿Ha de atribuirse a esto el extraño sesgo que asumió después la obra de Ramón de la Serna? Estando en Chile, todos sus amigos rivalizaban para alentarle a producir, ofreciéndole las páginas de revistas y las columnas de diarios en donde su colaboración habría sido dignamente apreciada. En su charla hacíanse notoria su cultura excepcional. ¡Cuánto más habría de lucir ella en los ensayos, en los discursos críticos, en las semblanzas que pudo acendrar! Pero el haber vivido por años tras los nombres de los insignes y enmarzados tratadistas de que se hacía versión española para la "Revista de Occidente", desarrolló en él uno que podríamos llamar el complejo del biombo. Se acostumbró a vivir aculto, en sordina, en la sombra, sólo para servir de eco al pensar ajeno.



Ramón de la Serna

Delgado, pequeño, ingravido, blanco, de finas facciones, con algo de torero por la levedad corporal, en su fisonomía sobresalían los ojos grandes, apagados por una secreta melancolía. La frente amplia, despejada, demasiado extensa para tan poco cuerpo, y la boca, precista de infinitas variaciones para expresar el anhelo, la sonrisa, la duda, la curiosidad, la fe. Y así, con paso fantasmal y abstraído, discurría por la literatura chilena, a la cual se había incorporado ya maduro, después de largos años de ausencia en España, a la vez de su madre la novelista.

En "El Mercurio" quedan casi todos

los artículos que escribió en este período final de su existencia. No muchos: no se prodigaba. Era sumamente severo en la selección de los temas, y quería poner la precisión y sutileza en la prosa, que no le era fácil completar las corrilas de un escritor capaz de atterirse en la preña. Le agradaba contemplar las cosas por todos lados, morosamente, como si el tiempo tuviese para él márgenes infinitos. Parece como que cada hombre llega a la tierra con un ritmo predeterminado, del cual es imposible —o casi— evadirse. Y si esto es así, el ritmo de Ramón de la Serna habría sido de una lentitud increíble, como el "ralenti" del cine o el galopar de la pesadilla, en donde los renos del caballo se muerden en el algodonoso vacío y el jinete no avanza aunque se agite.

En últimas jornadas las dedicó a una curiosa investigación histórica sobre la personalidad de José Miguel Carrera, acerca del cual aboceló varias escenas teatrales que dio a conocer en lecturas que apasionaron a los auditores, y a nuevos y valiosos trabajos de traducción de científicos europeos que se publicaron durante dos años en el Boletín de la Universidad de Chile.

Es de esperar que los muchos amigos y admiradores que tuvo en Chile Ramón de la Serna se junten para agavillar en un volumen su obra dispersa. Espíritu ten macerado en las disciplinas del saber enciclopédico, enriquecido por los jugos de varias culturas, quieto para ver discernir el paso del mundo, pero curioso también para saber de éste lo que generalmente oculta a los presurosos y a los intranquilos, ha dejado su huella de estilo en cuanto hubo de surgir de sus manos. Y esa obra, aunque reducida, ha de valer no por la abrumadora cuantía de su mole cuanto por las finas esencias de que sabía henchir el escritor.

Un espíritu dulce y delicado, que pisó con pies angélicos sólo altas cumbres, dejó ligado su nombre a Chile.

En recuerdo.

Santiago
20. VII. 1969.

5119

Ramón de la Serna [artículo] Raúl Silva Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ramón de la Serna [artículo] Raúl Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)